Extractos del libro:

Las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret

a Sus apóstoles y discípulos que podían captarlas

con explicaciones de Gabriele

Editorial Gabriele
La Palabra

Extractos del libro:

Las grandes enseñanzas cósmicas de JESÚS de Nazaret a Sus apóstoles y discípulos que podían captarlas

Manifestadas por Cristo, el Hijo de Dios y Redentor de todas las almas y hombres, a través de la profeta de Dios, Gabriele

con explicaciones

para el cumplimiento de las leyes eternas dadas por Gabriele

Abril 2018

© Gabriele-Verlag Das Wort GmbH

Max-Braun-Str. 2, 97828 Marktheidenfeld, Alemania

Editado por:
Editorial Gabriele-La Palabra
C/ José Olabarría, 8-BJ
48012 Bilbao (España)
Tel. 689 886 056

www.EditorialGabriele.com

Todos los derechos reservados.

Impreso en: KlarDruck GmbH, Marktheidenfeld, Alemania

Prólogo

Dios es absoluto. Él es la Ley Absoluta del infinito. Dado que nosotros procedemos de Él, en lo más interno de nosotros somos también Ley Absoluta. Dios es –y nosotros somos divinos. Él es nuestro origen y nuestra meta.

En el poderoso cambio de era que vivimos, el Espíritu de Dios vierte en este mundo toda la plenitud de Su verdad. Actualmente el Espíritu de la Verdad, Cristo, ha hecho realidad lo que anunció siendo Jesús de Nazaret: «pero cuando venga el Espíritu de la Verdad, os conducirá a toda la verdad».

Él ha venido en la palabra profética dada a través de Su profeta, nuestra hermana Gabriele. Toda la verdad es, sin embargo, en la medida que puede ser expresada en nuestras palabras tridimensionales, la Ley Absoluta de Dios. En el año 1991 Cristo manifestó la Ley Absoluta a través de Su profeta: ***«Las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret a Sus apóstoles y discípulos que podían captarlas. La vida de los hombres verdaderamente plenos de Dios».***

Desde el año 1991 al 1996, en la Iglesia de Cristo=Espíritu Interno, un lugar de encuentro abierto a todas las personas que buscan a Dios, las enseñanzas de la Ley Absoluta fueron explicadas por nuestra hermana Gabriele. Ella es también la enviada de Dios, porque toma de su consciencia espiritual desarrollada, que vive en Dios.

Este libro es una gran obra de enseñanzas espirituales. Contiene las frases de enseñanza de las grandes enseñanzas cósmicas, una elevada manifestación del Cristo de Dios que nos muestra el camino hacia nuestra herencia espiritual divina, hacia la Ley eterna del amor a Dios y al prójimo. *(Los textos de enseñanza en esta prueba lectura están impresos en negrita).*

La segunda parte del libro tiene las frases de enseñanza y explicaciones dadas por Gabriele. Son indicaciones sobre cómo nosotros, seres humanos, podemos aplicar las frases de enseñanza en nuestra vida diaria. Este libro toma de la mano a todo aquel que desea ser conducido por el Espíritu de la Verdad.

El 31 de diciembre de 1991 Cristo manifestó a través de la profeta de Dios, Gabriele, entre otras cosas, lo siguiente:

«*Ved: vivís en un tiempo glorioso. Es el tiempo cósmico culminante; pues el Espíritu de la Vida, Dios en Mí y Yo en Él, vierte lo más elevado: la Ley Absoluta. (...)*

Oh, ved: es un tiempo que para los seres humanos nunca volverá; pues cuando la Ley Absoluta se enseñe en todos sus detalles, el fin se halla a las puertas, el fin del tiempo materialista (...)

La Ley Absoluta, dada y enseñada desde el manantial originario, Dios, os muestra vuestro verdadero SER, vuestra herencia espiritual, para que muy paulatinamente sepáis y comprendáis que verdaderamente sois hijos del Altísimo (...)

Oh, ved: se vierte el cuerno de la abundancia –el Camino Interno y la Ley Absoluta–. Ved en ello que la Ley Absoluta, dada en todos sus detalles, simboliza ya el fin del tiempo materialista; pues lo absoluto es sencillamente absoluto: más allá de eso no hay nada (...)

YO SOY el alfa y omega, el principio y el fin del universo material y de los reinos de las almas.

En Mí y conmigo debéis ir madurando en la vida eterna, en la que Yo en el Padre Soy, como también vosotros, conmigo, en el Padre sois. Ahí no hay ni principio ni fin, porque Dios es y nosotros en Dios somos; pues Yo, el Cristo de Dios, elevo todo a la luz de la verdad.

Yo Soy la Vida, Cristo, el Hijo de Dios. Quien Me haga resurgir a Mí, el Espíritu de la Vida, Cristo, en sí mismo, habrá vuelto a hallar su herencia espiritual, que es su vida eterna. Entonces ese ser vuelve a casa, a Dios, el Padre eterno, puesto que procede de Él.

Todos resucitarán en Mí. A todos los que crean estar perdidos, Yo los encontraré. Y los débiles se fortalecerán en Mí; pues Yo Soy la gloria en el Padre.

Él, el gran Uno universal, Me ha encomendado la misión de conducir todo lo que parecía perdido, de regreso al eterno SER.

Lo que os manifiesto es el camino a la ley divina, así como la ley divina misma.

Gabriele, la profeta de enseñanza
y enviada de Dios, explicó al respecto:

En el libro «Las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret a Sus apóstoles y discípulos que podían captarlas. La vida de los hombres verdaderamente plenos de Dios», el Señor habla para nosotros una y otra vez también de la ley causal. Desde lo absoluto Él irradia en la ley de Causa y efecto para que nos encontremos a nosotros mismos y mediante la realización hallemos el camino de salida –que lleva a nuestra verdadera herencia, a nuestro verdadero SER.

De esta manera podemos decir: es la mano de Dios, que Él nos tiende, la mano del Padre, quien quiere ayudar a Su hijo a salir de la fatiga y la tribulación, del cerco del yo humano. Nuestro Padre desea elevarnos a lo luminoso, puro, fino, al SER. Él está presente, siempre dispuesto para nosotros. Depende únicamente de nosotros cuándo tomemos Su mano para no volver a soltarla.

Yo Soy todo en todo.

Contempla el arbusto
–y Me encontrarás.
Alza la piedra
–y Me encontrarás.
Mira a los astros
–y Me percibirás.
Mira en lo profundo del hombre
–y te encontrarás a ti mismo
y por lo tanto a Mí, Cristo, el Yo divino en ti.
Contempla al animal
–y Me encontrarás.
Siente el viento
–y Me percibirás.
Contempla la gota de agua
–y te contemplarás a ti en Mí.

Pues Yo Soy la vida en todo,
y tú eres la vida en todo,
y todo está en Mí, y todo está en ti.
Estamos unidos en Él,
el gran Uno universal,
que es eternamente
–la corriente del SER y el SER personificado.
Él es la corriente del universo
y la gota misma.

Gabriele, la profeta de enseñanza
y enviada de Dios, explicó al respecto:

¡Palabras de las que irradia la totalidad del Cielo!

«*Yo Soy todo en todo*».
Dios nunca está en el exterior. Dios es fuerza fluente, es la vida en nosotros. Si hemos encontrado el camino a Dios en nosotros por medio de una vida de realización y cumplimiento de Sus leyes, también tenemos acceso a lo divino en todas las formas de vida. Para poder establecer comunicación con lo divino en nuestro prójimo, tenemos por tanto que vivir en Dios. Tenemos que regresar a nuestro verdadero ser, para encontrar a Dios en todo.

«*Contempla el arbusto –y Me encontrarás*».
Si el arbusto solo lo miramos, no sentimos ninguna reacción proveniente de la sustancia, el Yo Soy. Decimos de él, del arbusto, que es bonito –pero no recibimos respuesta alguna. El Espíritu universal habla desde innumerables bocas, y no obstante muchos no Lo oyen. ¿Qué quiere decirnos esto? No el intelecto oye la Ley, Dios, sino el profundo origen primario de nuestro verdadero SER capta el lenguaje del universo.

En cambio, si acogemos el arbusto con los ojos de nuestro verdadero SER, captamos la irradiación global del arbusto y a la vez establecemos comunicación con el origen primario de todo lo que es. Entonces el arbusto empieza a emitir, y nosotros recibimos.

Dios es todo en todo. Como consecuencia de ello en cada hoja está Dios, toda la ley, todo el universo. Contempla el arbusto –y Me encontrarás a Mí, el universo, la totalidad–. La fuerza creadora está en todas partes como totalidad; pues Dios es indivisible.
Hagámonos conscientes de que en una hoja, en una hierbecita está todo el universo. Dios es indivisible. El arbusto ha desarrollado el aspecto de consciencia correspondiente a su especie, la consciencia vegetal del arbusto. Esta nos irradia –emite–. Dios siempre es la totalidad. Aunque nos irradie un aspecto de Dios, por ejemplo el aspecto vegetal del arbusto, se trata a su vez de Dios –la totalidad, ya que todo está contenido en todo.
Las palabras, «Dios es indivisible, Él es todo en todo», tenemos que aprender a captarlas. Tan solo entonces podremos intuir paulatinamente la plenitud que proviene de Dios. La plenitud

de Dios es el Yo Soy, es nuestro verdadero ser, que es divino. Somos por tanto herederos del universo. Hagámonos conscientes de nuestro cuerpo espiritual: se compone de innumerables partículas espirituales, y en cada partícula espiritual podemos recibir todo el infinito, porque somos seres del universo.
El lenguaje del infinito es el lenguaje de la imagen. Colores, formas, perfumes, sonidos y seres los recibimos en imágenes en las partículas espirituales de nuestro cuerpo espiritual, como imagen absoluta, perfecta.
Así comprendemos cuán cerca de nosotros está Dios. (...)

«*Mira en lo profundo del hombre*
–y te encontrarás a ti mismo
y por lo tanto a Mí, Cristo, el Yo divino en ti».
A su vez en el origen primario de cada uno de nosotros. De manera que no se trata de mirar lo humano de nuestro prójimo, solo la envoltura, sino de acoger en nuestro interior su irradiación global; esto es percepción. Si desde dentro tenemos afecto a nuestro prójimo, también establecemos comunicación con las fuerzas positivas en él; es decir, establecemos comunicación con lo divino en él, en último término con nues-

tra herencia espiritual. Lo que nuestro prójimo lleva en sí, lo divino, lo tenemos igualmente en nosotros.

«*Contempla al animal –y Me encontrarás.*
Siente el viento –y Me percibirás».

Contemplar significa acoger la irradiación global de un animal, dejar que siga vibrando en nosotros. Los aspectos divinos, las facetas desarrolladas de un alma parcial, los recibimos solo en el origen primario de nuestro SER, a través del cual estamos constantemente en comunicación con todo lo puro. La envoltura, el ser humano, recibe esta percepción divina como alegría –igual al contento celestial– que no excita los nervios. Con la irradiación que entonces fluirá de nuestro interior, tocaremos tierna y amorosamente al animal.

¿Qué sentiremos entonces como seres humanos? Captaremos a nuestro prójimo animal de muy distinta forma, porque habremos acogido su irradiación global, no solo lo externo, como habíamos aprendido hasta ahora: «esto es un animal. Esto es un animal que se porta muy bien».

Si acogemos en nosotros la irradiación de consciencia del animal, ya no haremos juicios valorativos diciendo, «este animal es bonito, aquel

no es bonito», o incluso: «este animal es horrible». Estos juicios valorativos nos los estaríamos diciendo a nosotros mismos.
En Dios todo es perfecto, también la esencia de la piedra insignificante, del arbusto, del animal. ¿Qué habría de ser feo en Dios, siendo así que Él, Dios, es perfecto en todo? Quien contempla solamente lo externo, hace juicios valorativos.

El eterno Yo divino es la verdad. Quien ha llegado a ser la verdad, es él mismo la verdad, el Yo divino, el SER, el Yo Soy, la Ley eterna del amor.
Con los ojos de la verdad el hombre también contempla en sí mismo lo que hay en el exterior. Penetra el reflejo de la verdad, y en todos los hombres, acontecimientos, conversaciones y sucesos contempla la verdad.
Ve con los ojos de la verdad también lo falso. No puede ser engañado, porque él es la verdad y ve en profundidad con los ojos de la verdad, y todo lo dice, lo conversa y lo lleva a cabo en la verdad. Él es por tanto la verdad, que es la Ley eterna del universo, en la que vive, en la que se mueve, de la que toma y con la que obra.

Él es la verdad, la ley, en toda sensación, en todo pensamiento, en toda palabra y en todo acto. Dado que la verdad, el SER, la Ley eterna, está en ti, y lo verdadero, lo eterno, toma forma y aspecto primero en ti y tan solo luego en el exterior, en tu entorno y en el mundo, tienes que vivir en ti, en el Santísimo, que habita en ti.

Gabriele:

Si queremos transformar el mundo, tenemos que transformarnos a nosotros mismos. Mientras de la transformación tan solo hablamos, sin cambiar nosotros mismos, solamente creamos más cargas en este mundo, y también las cargamos sobre nosotros mismos. Si solo hablamos de la paz que ha de venir a este mundo, sin tener paz nosotros mismos, contribuimos a que falte más la paz, porque nuestra falta de paz se transmite a su vez a otros, contagiándolos.
Si hablamos de la luz de Cristo y a nosotros mismos nos sigue faltando la luz, estamos escarneciendo a Cristo y contribuyendo a que nuestro prójimo piense, hable y viva de forma parecida a la nuestra –falto de luz.
Si hablamos de la misericordia y del servir a nuestro prójimo, de que en el mundo debería

practicarse la misericordia y el amor al prójimo, faltándonos a nosotros mismos la misericordia y la paz, estamos contribuyendo a que en este mundo falten más la misericordia y el amor. De este modo nos cargamos nosotros mismos.
Si queremos cambiar el mundo para bien, tenemos que volvernos bondadosos.
Mientras no nos respetemos a nosotros mismos, tampoco tendremos presente a Dios en nosotros. Mientras aspiremos a templos externos, no habremos encontrado el camino a nosotros mismos, como templos de Dios.

Ten presente:
Tú eres el templo del Uno, Santo, que habita en ti.
Por tanto, mantén puro tu templo, respetando el orden del templo.

Gabriele:

Hagámonos conscientes de que el Uno, Santo, Dios, habita en nosotros.
Dado que Él habita en nosotros, estamos santificados como seres en Dios, como seres puros,

porque somos Su ley santa, la cual es nuestra herencia espiritual. Veámonos como este templo, sintamos, intuyamos más en lo profundo de nuestro interior: ¿qué deseos surgen en nosotros? ¿Son aún los deseos humanos, el querer ser y tener? ¿0 es lo que nuestra alma desea, porque anhela la pureza, la claridad y la luz de la vida interna?

Si nos esforzamos seriamente por ir hacia Dios, surge cada vez más el deseo de pecar cada vez menos.

Todo es consciencia. También esto es consciencia: pecar cada vez menos. Si nos lo proponemos diariamente, llega el día en que esto se asienta en nuestro consciente, y lo recordamos una y otra vez, especialmente cuando volvemos a caer en antiguos errores o costumbres, o cuando estamos a punto de crear nuevas causas.

Mediante la vida consciente, nuestra consciencia empieza a ampliarse, muy paulatinamente. Vemos y captamos más; nos reconocemos en lo que vemos, y muy paulatinamente vamos encontrando el camino hacia lo más interno en todo lo que se nos presenta.

Nuestra vida se vuelve vivaz, se hace interesante. Si estamos alerta, descubrimos que todo quiere decirnos algo.

Luz y sombras nos hablan. La luz es la felicidad y la paz; las sombras es lo que nos oprime, aquello que hemos de purificar. Cuando lo purificamos, hemos vuelto a dar un paso hacia Dios, nuestro Padre.

Si seguimos los impulsos que el día trae a cada uno de nosotros correspondientemente a nuestra consciencia; si por tanto cambiamos y no volvemos a hacer lo negativo que hemos reconocido, podemos recurrir a un potencial de realización que es resultado de nuestro trabajo, cuando nuestro prójimo necesita ayuda. Entonces podremos comprenderle y serle de ayuda, porque habremos vivido y superado algo igual o parecido.

La Ley Absoluta es el pulsar del infinito, Dios. Este pulsar es seguido por los seres puros, los reinos de la naturaleza espirituales y todos los astros. Dios es el SER, y la corriente que lo traspasa todo. Él es la fuerza que lo abarca todo; es la Vida, es nuestro movimiento, es nuestro SER. Establezcamos comunicación con la profundidad y la amplitud de nuestra alma, y sentiremos que en nosotros está el universo grandioso, la ley omniabarcante, nuestro verdadero SER, nuestra Existencia eterna, nuestra vida eterna.

Comprended: quien tiene en cuenta los muchos aspectos que conducen a la libertad, trae la paz a sí mismo y también a su prójimo. Por eso nunca influyas sobre la irradiación de la consciencia de tu prójimo, creyendo que tienes que poner orden en su vivienda, en su habitación, de acuerdo con tu consciencia.

Ten presente la siguiente legitimidad:
Deja a tu prójimo su reino, es decir, no cambies la irradiación de su consciencia. La irradiación de tu consciencia y la de tu prójimo repercuten en las habitaciones que tú habitas o que tu prójimo habita. Deja a tu prójimo su pequeño reino, pues así se sentirá en casa. Si tienes en cuenta esta legitimidad, él se alegrará cuando le visites.

Entra en su habitación solo cuando seas bienvenido, y déjalo todo en su habitación tal como tu prójimo lo había colocado, pues esta es la perspectiva de su consciencia.
Si te sientas en una silla o coges un objeto, vuelve a colocar luego la silla como estaba o deja el objeto de nuevo en su lugar –tal como estaba antes.
No cambies nada, aunque a ti te gustaría más que estuviera de otra manera y creas que sería

más bonito como tú lo ves. Con ello influirías en la irradiación de la consciencia de tu prójimo, y con tu aparente orden traerías desorden a su vida, a la irradiación de su consciencia; pues tal como lo ve el prójimo es bueno para él en ese momento. Él no quiere que tú lo cambies –a menos que te lo pida.
Quien tiene en cuenta esta legitimidad, respeta a su prójimo y también a sí mismo.

También en las cosas más pequeñas tiene validez la siguiente legitimidad: lo que no quieras que te hagan a ti, tampoco lo hagas tú a nadie.

Gabriele, la profeta de enseñanza
y enviada de Dios, explicó al respecto:

Todo es irradiación. El mobiliario de nuestro pequeño reino, la disposición de los objetos corresponde a nuestra consciencia. Correspondientemente al modo en que colocamos y disponemos un objeto, nos irradia el mismo: eso se asemeja a la irradiación de nuestra consciencia, de la que resulta la comunicación con el objeto. Esta es, para nuestro estado de consciencia del momento presente, la irradiación de armonía y paz.

Si determinados objetos nos gustan mucho, los ponemos en un determinado lugar de la vivienda. Cuando entramos en esa habitación, es posible que nuestra mirada recaiga en ese objeto que se halla colocado tal como nos produce alegría. Él nos irradia, y un estado de ánimo eventualmente depresivo se ilumina; vibraciones afectuosas y alegres influyen en nosotros, traspasándonos. Así podemos volver a fortalecernos en nuestro pequeño reino y desarrollar fuerzas positivas.

Disponemos por tanto nuestro pequeño reino de forma correspondiente a nuestro estado de consciencia. Correspondientemente a la irradiación de nuestra consciencia hemos escogido los colores y las formas en nuestra habitación: así nos irradian, y así nos alegran. Nuestro prójimo, a su vez, amuebla su habitación, su pequeño reino, de forma diferente; él se decide por colores y formas diferentes a los nuestros, de acuerdo a la irradiación de su consciencia.

Si cambiamos el orden en la habitación de nuestro prójimo, introducimos la irradiación de nuestra consciencia, que sin embargo no coincide con su consciencia. De modo que intervenimos

con nuestras ideas y conceptos humanos en el ámbito de nuestro prójimo. Desarmonía es la consecuencia de ello.

Si estamos hablando de nuestro pequeño reino, el cual, de acuerdo a nuestra consciencia, debería estar decorado de forma armoniosa y bella, esto no tiene nada que ver con la riqueza externa, con ostentación ni lujo, con prestigio u otras cosas parecidas. Cada uno de nosotros tiene una vivienda, en la vivienda una habitación o por lo menos en la habitación un rincón para él, que tiene su vibración, que le transmite la sensación de estar en casa. Llamemos a este lugar, ya sea grande o pequeño, «nuestro pequeño reino».

Según la ley de Dios, cada uno de nosotros ha de habitar en un lugar y ha de vivir tal como corresponde a su consciencia. Todo lo que se opone al estado de consciencia, se opone también a la paz. Y todo lo que va mucho más allá de este, como por ejemplo grandes riquezas, lujo y otras cosas parecidas, es ilegítimo. Con esto último no podemos llegar a ser hijos de Dios, sino que queremos ser dioses.

También deberíamos respetar el ámbito de vida interno, el templo interno de nuestro prójimo.

Esto significa para nosotros: calla, y mantente alerta. Capta a tu prójimo en ti. Entonces sabrás cuándo has de dirigirle la palabra y qué puedes decirle, porque entonces captarás en tu consciencia en qué punto se halla él en ese instante. Muchas personas tienen la costumbre de dirigir la palabra a su prójimo, a quien acaban de encontrar, de forma irreflexiva y repentina. Hablan de todo lo que tienen en la punta de la lengua, sin preguntarse si el prójimo desea escucharlo. ¿Sabemos dónde se halla él en este instante con su consciencia? Tal vez esté precisamente orando en el interior, sumergido en una conversación con Dios en el interior de su templo. Si le dirigimos la palabra cuando menos se lo espera, le molestamos y le hacemos salir de su interior.

La persona despierta, que realmente desea visitar a su prójimo en el interior, le acepta y le capta primero conscientemente. Con fino sentir le capta en el interior y sopesa: ¿puedo dirigirle ahora la palabra? Ella sabe entonces cuándo y cómo puede dirigir la palabra a su prójimo, y qué ha de decirle.

Desde diversas perspectivas de la vida, Yo, Cristo, siendo Jesús de Nazaret instruí a Mis apóstoles y discípulos. Una y otra vez les mostré la Ley Absoluta y les expliqué la ley de Siembra y cosecha. Les hablé con palabras con el sentido de estas:
El mar del infinito es la corriente del universo. Moveos cada vez más en el mar del infinito, como soles del amor y de la justicia. Entonces seréis la vida y ya no preguntaréis por la vida.

Gabriele, la profeta de enseñanza
y enviada de Dios, explicó al respecto:

«*El mar del infinito es la corriente del universo*». Es la Ley eterna, en la que nos hemos de mover cada vez más, para volver a ser divinos; porque estamos en la Tierra para llegar a ser nuevamente divinos. «*Entonces*», así se dice en las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret, «*seréis la vida y ya no preguntaréis por la vida*».
La vida a la que el Señor se refiere es la Ley Absoluta, el eterno SER. Es la Vida Absoluta.
La vida humana no es absoluta. Los días de cada persona en particular son diferentes, en

correspondencia con lo que haya habido de sentimientos, sensaciones, pensamientos y palabras en su vida. Visto con rigor, cada día es otro mundo, otra vida. ¿Hemos reflexionado alguna vez sobre ello?

Cada uno de nuestros días es otra vida –pero no es la vida de acuerdo a Dios–. Es nuestra vida de sentimientos, sensaciones y pensamientos, lo que hemos introducido en nuestra alma y en los astros. Nosotros mismos damos forma a nuestra vida humana. Tal como la conformamos día a día, viene ella a nosotros.

El eterno SER no es solo luz fluente, porque Dios no es solo la corriente. A partir de la corriente el Eterno ha creado las formas espirituales, los Cielos con sus mundos, con las edificaciones, con los animales, las plantas –absoluto, perfecto, divino–. A los seres espirituales se les muestra en imágenes, en su interior, el SER que ha tomado forma. También nosotros los seres humanos percibimos la Tierra y todo lo que nos sale al encuentro, eso lo captamos entonces en imágenes y lo vemos al fin y al cabo en nuestro cerebro; porque ahí se reflejan nuestras imágenes.

Cada día contiene para nosotros otras imágenes, en las que nos movemos. Esta es nuestra vida personal, nuestra vida del yo, pero no la vida ni el movimiento en la corriente de Dios. A ello deberíamos sin embargo aspirar, tal como nos dice el Señor: «*El mar del infinito es la corriente del universo. Moveos cada vez más en el mar del infinito, como soles del amor y de la justicia*».

Una vez más lo estamos viendo: solamente hay un principio, el principio divino. Si se le da la vuelta, si se invierte su polaridad, se trata entonces de lo opuesto a lo divino; pero en último término hay un principio. Los seres humanos vivimos y nos movemos en nuestras imágenes del yo, en nuestra ley de la persona, en nuestro amor personal. El mundo divino se mueve en la Ley eterna, en el sol del amor altruista y de la justicia. Nosotros reclamamos nuestro derecho, diciendo: «Yo tengo razón». Los hermanos del hogar eterno, el mundo espiritual, el eterno SER, son justos. La justicia es apertura; el derecho está codificado y es cerrado.

Todo el que reclama su derecho, hace que su yo se codifique, porque no utiliza la apertura, la legitimidad de Dios. Así damos forma a nuestra existencia terrenal, y en estas formas viene el

día hacia nosotros. El Yo Soy conduce, el yo inferior nos maneja. Por eso cada día se muestra de diferente manera. Un día trae alegría, otro día trae tristeza, según sea lo que hayamos introducido en nuestro consciente y en nuestro subconsciente, en nuestra alma y en los astros. Este es el mecanismo de manejo que actúa en el día. Se nos plantea así esta pregunta: ¿podemos influir sobre ese manejo, por ejemplo sobre nuestra tristeza?

Un ejemplo: estamos tristes. La imagen global en nosotros es por tanto «tristeza». El estar triste tiene muchos aspectos que se muestran en imágenes. Estamos por ejemplo abatidos, desanimados, sin esperanza, preocupados, etcétera. Nos movemos en nuestra tristeza.

«Tristeza» es un concepto genérico para la suma de muchos sentimientos, sensaciones y pensamientos. Nuestra tristeza, sin embargo, está totalmente diseñada para nosotros y para nuestro día. Nos vemos a nosotros mismos en la imagen, vemos qué aspectos de la tristeza nos han invadido hoy y de acuerdo con las circunstancias sabemos por qué estamos tristes.

Si entonces llega un amigo con un pequeño presente o nos da esperanza, la imagen cambia inmediatamente. Nos alegramos. La tristeza se

retira, porque de repente sentimos y pensamos de otro modo. ¿Qué ha pasado?
Nuestro prójimo se ha dirigido a nosotros y nos ha ofrecido algo. Este pequeño impulso desde el exterior ha hecho que empezaran a vibrar otros aspectos en nuestro ánimo, en nuestro mundo de sentimientos, sensaciones y pensamientos. Por el influjo desde el exterior nos hemos sentido mejor y ya se ha formado una nueva imagen, una imagen de alegría, en la que ahora nos movemos con nuestros sentimientos, sensaciones y pensamientos.
Así se forman nuestros días para nosotros, inestables, según lo que nos traen y cómo reaccionamos a nuestro prójimo o a las diversas situaciones.
Esto es entonces «nuestra vida». Es nuestra vida del yo: siempre, al fin y al cabo, una vida inconstante. ¿Por qué? Porque dependemos de nuestros semejantes. La imagen de nuestro día, de nuestra vida, depende de nuestro prójimo, que nos da esperanza, que nos trae un pequeño presente, que nos ayuda, que nos regala una palabra amable o una sonrisa alentadora, u otras muchas cosas. Así que no determinamos nuestra vida nosotros mismos, no obramos a partir de nosotros, no actuamos, sino tan solo

reaccionamos. De este modo estamos constantemente en una actitud de expectativas, viendo cómo se dirigirá el prójimo a nosotros, qué nos dirá, qué nos dará, cómo nos motivará. Con ello nuestros días son muy inestables, y solo muy difícilmente salimos de nuestra vida del yo, creada por nosotros mismos.

En último término no vivimos entonces nuestra vida; se nos trae y lleva de acá para allá. Se nos maneja y manipula por nuestras propias debilidades y aspectos humanos negativos.

Si nos orientamos a recibir energía de otras personas, no reposamos en nosotros. En cuanto pasamos a una actitud de expectativas, somos como animales que succionan; el sistema nervioso se tensa, porque orientamos nuestros sentidos hacia afuera. A través de un sistema nervioso tenso, la corriente de amor de Dios casi no puede fluir. Nos intranquilizamos, bajamos de vibración, porque empobrecemos en energía.

Si nos damos cuenta de ello, el resultado es preguntar: ¿cómo alcanzamos la independencia interna? ¿Dónde hay un apoyo?

Cambiemos de forma de pensar! No busquemos ya el orientarnos al prójimo cuando volvamos a estar tristes. No sigamos alimentando nues-

tros aspectos humanos pecaminosos, la tristeza, la autocompasión, sino hagámonos presente la cercanía de Dios. Hagámonos, en la tristeza, una imagen divina: que la corriente del amor nos envuelve y nos traspasa, que Dios siempre nos ama, que Él es nuestro Padre, que Él es nuestro hogar eterno, que Él conserva libres las viviendas celestiales hasta que regresemos a Él. Todo esto es esperanza que proviene del Espíritu. Dejémonos motivar por estas impresiones internas, y entonces nos volveremos cada vez más estables.

¡Hagámonos un pequeño regalo a nosotros mismos! Cada uno de nosotros tiene pequeños deseos. Cumplámonos un pequeño deseo cuando estemos tristes, y demos las gracias a Dios, nuestro Padre. Entonces despierta la motivación interna. Y mediante la motivación interna, que viene del Espíritu de Dios, del Espíritu de nuestro Padre, nos volveremos fuertes y estables. Alcanzaremos más seguridad para transformar con Cristo nuestra vida del yo en la poderosa vida del Yo Soy.

Así también vamos saliendo, de forma muy paulatina, de nuestros aspectos personales, de lo humano deshonesto, de la debilidad, de nuestros pecados. Nos fortalecemos y nos alegramos

cuando el día vuelve a mostrarnos algo contrario a la ley divina, porque sabemos esto: lo contrario a la ley divina está aquí, a fin de que lo venzamos con Cristo.

Si vienen horas en las que nos cuesta dar la vuelta internamente, es decir cambiar, hagámonos presente esta imagen interna de esperanza, del amor de nuestro Padre, de la paz y del sentirnos acogidos en Él. Hay muchas situaciones en el día en las que podemos hacernos esta imagen positiva, para poder salir lo más pronto posible de la situación, de la dificultad. Mediante esta imagen positiva, legítima de la vida –es por así decirlo la llamada a Dios pidiendo apoyo y ayuda–, Él también nos otorgará apoyo y ayuda, y superaremos la situación con Él. Así nos fortalecemos en Él. No nos apoyamos en personas, sino que llamamos a Dios y encontramos apoyo en Él.

Así lo desea el Señor de Sus hijos humanos. Si nos dirigimos por este procedimiento cada vez más a Él, muy pronto experimentaremos el poderoso Yo Soy, Su Ley Absoluta, y la corriente que fluye a través de nosotros. Y nos moveremos cada vez más en esta corriente, porque tendremos más seguridad de que Dios nos apoya.

Tal como Yo sirvo a todos –almas, hombres, animales, plantas y piedras–, también tenéis que servir vosotros desinteresadamente a todos los que están a vuestro alrededor: hombres, animales, plantas y piedras.

Gabriele:

Día a día podemos reconocer en qué medida el servir desinteresadamente, o sea con altruismo, ya se ha convertido en nuestra vida. Observémonos a nosotros mismos.
Observemos la naturaleza: el Espíritu eterno sirve a cada florecilla, a cada animalito; Él sirve a cada piedra. ¿Y nosotros? ¿Tomamos la piedra y la tiramos sin darnos cuenta, o la tenemos en cuenta y la observamos? ¿Arrancamos la florecilla o nos inclinamos y en nuestras sensaciones le damos las gracias por irradiarnos? ¿Y con los animales? ¿Pisamos al animalito con intención, o damos un pequeño rodeo y dejamos que siga su camino? ¿O lo tomamos del sitio en que se halla y lo ponemos en otro lugar un poco más apartado, para que nada le suceda?
Podemos reconocernos en nuestro comportamiento con los animales, nuestro prójimo de la naturaleza. De este también forman parte, además de los animales, las plantas y las piedras.

Nos comportamos con la naturaleza igual como nos comportamos con nuestro prójimo. Desde las formas de vida de la naturaleza en bosques y campos nos irradiará poca fuerza si nosotros estamos en contra de nuestro prójimo. Nunca podemos decir con razón: «amo a los animales», si a la vez despreciamos lo interno del ser humano, abusando de nuestros semejantes para nuestros propósitos. Este amor para con los animales es entonces amor personal, es decir egoísmo. Queremos que el animal nos proporcione alegría a nosotros.

¡Ha de ser al revés! Nosotros hemos de ser los que llevemos la luz del amor y del altruismo al prójimo y al prójimo de la naturaleza, a las formas de la naturaleza. ¡Reconozcámonos como hijos de la luz eterna y comportémonos como tales! Las fuerzas de nuestras sensaciones y pensamientos luminosos, las energías positivas del agradecimiento y de la alegría interna, fluyen de nosotros a la naturaleza. ¡Llevemos la alegría al animal! ¡Llevemos la comunicación de la vida a las plantas y también a los minerales! Entonces experimentaremos la plenitud de Dios, y notaremos que la vida de Dios –el Espíritu y el amor– obra en todas partes, está en todas partes.

Quien Me ama a Mí, Cristo, ama también a su prójimo. Quien no Me ama a Mí, Cristo, tampoco ama al Padre y tampoco a Sus hijos, los hombres, que entre sí son hermanos y hermanas.

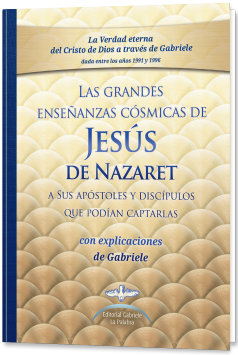
Gabriele:

La ley del amor es Dios, y Dios es el amor. El Cristo de Dios en Jesús personificó la Ley eterna del amor. Él nos enseñó el Mandamiento principal, el amor: ama a Dios de todo corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo.
Esto significa que quien no se esfuerza por cumplir este Mandamiento principal del amor a Dios y al prójimo, permanece en el amor personal y solamente tiene presente a su yo inferior. Con este su yo inferior menosprecia, juzga y valora al prójimo más o menos. Con ello se distancia de sus semejantes y los tilda de «los otros», es decir, «los extraños».
En el Espíritu de Dios, sin embargo, todos los seres humanos son hermanos y hermanas, porque todos tenemos un único Padre. Sea que lo llamemos Dios, Jehová, Alá o de otra manera: se trata siempre del único y gran amor universal, del único Padre, y todos los seres humanos

somos Sus hijos. En esta consciencia Padre-hijo todos somos hermanos y hermanas entre nosotros.

Amar al prójimo tal como Dios nos ha encomendado, quiere decir: hacerse primero consciente del supremo mandamiento del amor y aspirar a él, es decir, purificarse uno mismo cada vez más del amor del ego, para sumergirse así paulatinamente en la gran ley del amor.

Esto hace que cada vez hagamos menos diferencias entre uno y otro. Tan solo entonces empezamos a amar a nuestros semejantes, a dejar por tanto de menospreciarlos, a no querer ponerles ya nuestro sello del ego, a dejarles libres en sus decisiones para que también ellos puedan decidir libremente –aunque sea con una decisión equivocada, que reconozcan, de la que se arrepientan, que purifiquen y no vuelvan a tomar. Quien por consiguiente hace diferencias entre uno y otro, no ama a Dios ni se dirige hacia la ley del amor, hacia el Mandamiento supremo: ama a Dios de todo corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo.



Las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret

a Sus apóstoles y discípulos que podían captarlas

con explicaciones de Gabriele

916 págs., N° de pedido: S181es
ISBN 978-3-89201-615-1

También como eBook en:
www.EditorialGabriele.com

Consulte los precios actuales en:
www.EditorialGabriele.com

Pida gratis el catálogo actual de libros así como los escritos gratuitos de la serie «El mensaje de la Verdad» con los siguientes temas:

* Ayuda para quienes están enfermos y sufren
* Un consuelo para cuando se viven necesidades y pesares
* Perlas de la vida también para usted
* El Sermón de la Montaña
* Dios en nosotros
* ¡No desistas, persevera!
* Reencarnación. Un don de gracia de la vida
* Usted vive eternamente. La muerte no existe
* Usted no está solo
* Una vida plena hasta en la vejez

Las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret son la Ley Absoluta, la Ley de la verdadera vida que Él enseñó hace 2000 años a Sus apóstoles y discípulos del círculo más cercano, que podían comprenderle. Hoy, gracias a la obra de la Sabiduría divina, Gabriele, Sus grandes enseñanzas cósmicas están por primera vez en la historia al acceso de todas las personas.

Han sido manifestadas por el Cristo de Dios a través de la palabra profética dada por Gabriele y nos permiten sumergirnos en sensaciones en la vida en lo profundo de nuestra alma, que es nuestro hogar.

Gabriele ha expuesto y explicado las grandes enseñanzas cósmicas de Jesús de Nazaret. Y nos muestra cómo podemos aplicarlas en la vida diaria, en la profesión y en el tiempo libre.

Editorial Gabriele
La Palabra

El Espíritu Libre Universal
es la enseñanza del amor a Dios y al prójimo,
a los seres humanos, la naturaleza y los animales

www.EditorialGabriele.com